

y distinguido, de profunda y brillante mirada, peculiarmente serio, que respondía a las muestras de cariño de las gentes con una ligera sonrisa. Vestía el elegante uniforme de la Legión. Llevaba en su pecho la Medalla Militar, la Cruz de Mérito Militar, la placa de María Cristina. Ostentaba, además, la preciada distinción de la llave de Gentilhombre que Oviedo le había regalado por suscripción popular y, pendiente de sus dedos, el bastón de Mando que sus compañeros legionarios le habían ofrecido. En aquel joven Jefe, cada símbolo de autoridad, cada muestra de valor, iban unidas siempre a la devoción que le tenían una promoción de oficiales, un Arma, una ciudad...

Momentos después llegaba el coche de la novia. Vestía un traje de crespón blanco, cuya cola, forrada de tisú, sostenían dos niños. Ceñía su velo una diadema de azahar y lucía joyas muy bien elegidas: solitarios, un broche de brillantes y perlas y una cruz, también de brillantes, en el pecho.

El General Losada ofreció el brazo a la señorita Carmen Polo, entrando ambos en el templo a los acordes de la Marcha Real. Portaban las varas del palio: El Teniente Coronel de la Armada don Nicolás Franco, el capitán aviador Franco, el Capitán del Regimiento del Príncipe señor Sueiro, don Felipe Polo, el Teniente Coronel Gil de Arévalo y el Capitán ayudante señor Ortiz de Zárate. Franco entraba también en la iglesia con la madrina doña Pilar Martínez Valdés.

Fueron testigos, por parte de la novia, su hermano don Felipe y sus primos don Luis de Vereterra y don Carlos Gil de Arévalo, y por parte del novio, el Marqués de la Rodrigo, el doctor Linares Rivas y el Marqués de la Vega de Anzo. Representaba al Juzgado don Ramón Prieto.

Junto a los uniformes del Ejército y de la Marina, las autoridades civiles e invitados. El hábito de un Caballero de Montesa, realizaba también el acto, el de don Martín González del Valle, Marqués de la Vega de Anzo, espíritu cultivado y aristocrático, que recuerda a los hidalgos cristianos de los lienzos españoles.

Bendijo la unión el capellán castrense don Antonio Martínez. En los reclinatorios, arrodillados, Franco y la que era ya su esposa. Un matrimonio español. Con él fundaban una alianza inconmovible, ejemplo de convivencias a partir de entonces, y, después, cuando las circunstancias históricas iban a designarles para las más elevadas tareas. Cada cual, marido y mujer, en su puesto del honor.

Terminada la misa, los novios salieron entre el público, siendo nuevamente objeto de aclamaciones y vítores. Allí, hace quince años, se daban los gritos de hoy:

—¡Viva Franco!...

—¡Viva España!...

—¡Viva la Legión!...

Nuevamente la Marcha Real despedía al representante de S. M. el Rey.

A pie, porque el gentío invadía la calle, llegaron hasta la de Uría seguidos del entusiasmo de todos. Recuerdo a Franco y a su esposa rodeados del afecto de un pueblo, bajo la luz clara de aquel mediodía.

El acto íntimo del almuerzo tuvo lugar en casa de la novia. Un diario escribía así sus detalles:

«En el amplio comedor de la casa del señor Polo se sirvió el menú siguiente:

Entremeses variados. Huevos imperiales. Langosta y langostinos dos salsas. Espárragos champignon. Espárragos Aranjuez salsa Rebigot. Centro de solomillo a la Perigod. Mantecado helado. Fuentes reales. Dulces. Pastas. Frutas.
Vinos. Marqués del Riscal. Bourgogne 1902. Haut Sauternes. Champagnes Pommery.
Cafés. Tabacos. Licores.

Presidía la mesa el señor Polo. Otra presidencia ocupábanla los novios entre el General Losada y la señora viuda de Avila. En los restantes puestos se hallaban: la señora de Linares Rivas, las señoritas de Polo, don Ramón Prieto, Marqués de la Rodrigo, Marqués de la Vega de Anzo, don Nicolás y don Ramón Franco, don Ricardo P. Linares Rivas, señor Gil de Arévalo, ayudante del General Losada y Capitanes Sueiro y Ortiz de Zárate.

Se chocaron las copas por la felicidad de los contrayentes y realmente dadas las cualidades que adornan

a los nuevos esposos, no puede por menos de vaticinarse que el hogar que ayer fundaron será escuela de virtudes, modelo de aquellos hogares de los que dijo Castelar que «eran a la vez nido y ejemplo.»

Que el cielo los colme de venturas.»

El cronista de la localidad alternaba aquel día una frase de Castelar con otra de Byron. Aquellas impresiones quedarían entre otras muchas «Notas sociales» en las colecciones de los periódicos asturianos, perdidas para todos, excepto para los biógrafos del futuro.

Otras noticias de los periódicos:

«Con motivo de su matrimonio, el bizarro Jefe del Tercio ha recibido numerosísimos telegramas de toda España y Marruecos.

Se destacan el dirigido por el ilustre fundador de la Legión, General Millán Astray, en términos cariñosos y fraternales.

Entre los más curiosos, merecen citarse: uno de los legionarios sumariados «no desertores». Otro que está expresado en estos términos: «Los casados de la Legión a su nuevo compañero.» Cada bandera legionaria ha enviado su correspondiente despacho telegráfico y los periodistas de Marruecos también han expresado sus mejores augurios al nuevo matrimonio.»

* * *

Todo pasó en seguida y la actualidad fué otra. Aquel joven que en lo físico parecía sólo un Teniente cuando era Teniente Coronel—y que parece aún hoy—en años—un Teniente Coronel cuando reconquista palmo a palmo el territorio de su Patria, siendo Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos nacionales—corría de nuevo al cumplimiento del deber.

En quince años iban a pasar cosas tan extraordinarias y considerables que de haberse conocido con anticipación parecieran un sueño. Y Franco, aparecía emplazado para llevarlas a efecto.

Era 1923. Aquel joven—decíamos—corría a incorporarse a su puesto.

Marruecos y la Legión le aguardaban.

La Historia le había elegido entre sus predilectos.